

El soplo del Espíritu: Religión, comunicación y cultura en América Latina hoy

 Dennis A. Smith
Presidente de la Asociación Mundial para la Comunicación Cristiana, WACC.

La reflexión conjunta de católicos y protestantes sobre comunicación y teología remonta, por lo menos, a los tiempos de Paulo Freire. Paralelamente, a veces con y a veces sin el conocimiento o aval de nuestras respectivas jerarquías eclesásticas, hemos acumulado décadas de experiencia compartida en la práctica local de una pastoral de la comunicación en toda América Latina.

En estas últimas décadas OCLACC y sus antecesores han tenido a bien trabajar este tema de manera conjunta con la Asociación Mundial para la Comunicación Cristiana, región América Latina (WACC-AL). Uno de los capítulos en este proceso se dio en Lima, del 6 al 8 de diciembre de 2001.

Quiero resumir algunos elementos de aquella conversación y luego agregar algunas reflexiones personales a partir de la coyuntura actual.

En 2001, prestamos especial atención a la situación socio-religiosa desde la cual la persona latinoamericana hace comunicación y consume mensajes mediáticos. Es, destacamos, una persona polifacética, creadora, que maneja múltiples identidades, muchas veces contradictorias:

Soy madre, hijo, padre, hija, esposa, compañero, hermano, hermana. Soy un ser amado, capaz de amar. Soy un ser perdonado, capaz de perdonar. Conozco la ternura, la vulnerabilidad. Soy frágil, dañada, frívolo, seria, digno, mezquina. A la misma vez.

Formo parte de una, no, varias comunidades. Tengo una historia particular. Soy heredero de una memoria colectiva. Tengo abuela. Tengo identidad. Tengo color. Hablo. Escucho. Veo. Saboreo. Siento. Disfruto el misterio de la sensualidad. Soy constructora de sentido, perceptor. Soy sentipensante. Pero llega un momento en que ni siento, ni pienso.

A la vez, vimos que la persona latinoamericana se encontraba en una situación sumamente precaria: pobreza galopante, inseguridad laboral, violencia azotando todos los ámbitos de la vida cotidiana. Observamos una realidad que generaba en muchas personas, confusión, frustración, hasta desesperación y parálisis. Sus relaciones con otros seres humanos, y con Dios mismo, quedaban condicionadas por su propia situación cotidiana.

Trabajo. Me canso. Me escondo. Tomo riesgos. O no. Descanso. Construyo relaciones; rompo relaciones. Las relaciones me construyen; las relaciones me rompen en pedazos. Y muchas cosas dejo pasar desapercibidas. Creo. No creo más. Soy capaz de encontrarme con la trascendencia. O no. Me desespero. Espero.

En este momento particular de la historia, consumo, luego soy. Soy consumidor. Y estoy consumido.

Vimos que el contexto en el cual, tanto individuos como comunidades construían sentido y valores, y desde el cual la persona ejercía la ciudadanía, había cambiado radicalmente en las últimas décadas. La globalización de la economía y de la cultura se manifestaba en el hecho de que las corporaciones transnacionales, con la complicidad de gobiernos y élites nacionales, se han convertido en el sujeto dominante en América Latina, provocando un proceso de deconstrucción de sujetos nacionales. . .

La globalización genera una homogenización occidentalizada de nuestras sensibilidades, economías y patrones de consumo, que hace difícil la preservación y resignificación de nuestras identidades nacionales y re-

gionales, así como nuestra integración al resto del mundo en términos más equitativos.

Las empresas transnacionales de información, entretenimiento y tecnología son el motor detrás de la globalización. A ellas podemos agradecer la penetración universal de la sociedad de consumo en la región. A todos y todas nos han enseñado a medir el valor de las personas, no por la calidad de su carácter y la profundidad de su ternura, sino por su poder adquisitivo. Van absorbiendo o sofocando medios locales, invisibilizando y silenciando a pueblos enteros.

Al reflexionar teológicamente sobre la globalización:

Discernimos, detrás de este sistema mundializado y globalizante, la presencia de “principados...potestades... (y) gobernadores de las tinieblas de este siglo” (Ef 6,12) que resquebrajan la integralidad del ser y de su vocación comunitaria.

A nivel pastoral:

Los excluidos y las excluidas viven desde el conato agónico de la vida, intentando reconstruir, en medio de una realidad fragmentada, el sentido global desde lo particular. Sólo desde esta realidad particular y concreta es posible el encuentro con los otros, construyéndose un camino que recorre de lo privado hacia lo público; este recorrido es una búsqueda del logro de puntos mínimos de consenso que permitan proponer los principios máximos que regulen la vida en común y la construcción de la comunidad.

Este es el mundo en el cual la gente hace lo que tiene que hacer para sobrevivir, y para construir algo que se asemeja a la esperanza. En 2001 constatamos que en nuestro mundo, se habían fragmentado y diversificado las ofertas religiosas. Vivíamos en un mundo donde las tradicionales instituciones religiosas habían perdido una cuota importante de su poder cultural histórico.

Érase una vez que la iglesia católica y, en algunas comunidades, las iglesias protestantes tradicionales, gozaban de suficiente poder como para dominar el discurso religioso público, incidir de manera contundente en la esfera pública y estigmatizar las ceremonias públicas de grupos religio-

sos marginalizados como las espiritualidades indígenas y afroamericanas y los grupos pentecostales.

En muchos países latinoamericanos, constatamos, ya no es así. Hay nuevos actores en el ambiente religioso y, paralelamente, un resurgimiento de espiritualidades ancestrales. Algunos hablan, incluso, del surgimiento de un supermercado religioso donde instituciones veteranas como la iglesia católica y las iglesias protestantes tradicionales pelean las preferencias del mercado con nuevos actores, algunos de ellos muy sofisticados en el mercadeo de bienes simbólicos.

En estas últimas décadas, vimos, se han dado cambios fundamentales en la situación socio-religiosa desde la cual la persona latinoamericana hace comunicación y consume mensajes mediáticos: por un lado, con el surgimiento del supermercado religioso, cada día más personas se sienten libres para ir armando su propio menú espiritual, sin sentirse sujetas al poder de jerarquías religiosas: entra al mercado para adquirir una onza de autoestima, una porción de perdón, una esencia de esperanza, un caldo de consuelo, y luego va combinando estos ingredientes según su receta personal. Por otro lado, la gente ya no siente la necesidad de esconder el hecho de que manejan, simultáneamente, múltiples identidades religiosas. ¿Quién no conoce a personas católicas que asisten, eventualmente, a los espectáculos religiosos presentados por las megaiglesias neopentecostales? Estas mismas personas, en los momentos límite de su propia vida, no dudan en consultar a Espiritistas o guías espirituales de otras tradiciones religiosas. Además, no se sienten culpables, ni que están entrando en contradicción. Es que el espacio interior donde cada persona, cada comunidad, construye su identidad espiritual no está sujeto a las leyes de la lógica cartesiana.

Sospecho que siempre ha sido así. A la hora de la hora, la persona y las comunidades latinoamericanas siempre han guardado para sí el derecho de construir su propio sentir religioso, su propia espiritualidad. Cuando las instituciones religiosas han tenido mucho poder cultural, han tratado de ejercer hegemonía sobre la expresión pública de los impulsos profundos de la gente por encontrarse con la trascendencia, por convertirse en canal de bendición divina. Pero al romper esta hegemonía, se ha diversificado y puesto más complejo el escenario religioso.

Para nosotras, para nosotros, hay, entonces, ciertas preguntas que antecedieron a Aparecida, y que permanecen hoy: ¿Cómo acceder al imaginario religioso de la gente? ¿Cómo fecundar las semillas evangélicas de justicia, solidaridad y ternura, semillas que ella misma, Espíritu de Dios, ha sembrado en cada cultura humana? ¿Cómo cultivar un imaginario que celebra la vida humana y de toda la creación, que acompaña a excluidas y excluidos, que abraza la terrible belleza del misterio, de lo incognoscible? ¿Cómo cultivar un imaginario que enaltece la honradez y la transparencia, oponiéndose a la violencia, la mentira, la corrupción, y el abuso? ¿Cómo cultivar un imaginario que cuestiona el imperio de la muerte?

Observamos en 2001 que no siempre hemos estado a la altura de los desafíos que enfrentamos:

... confesamos que lo que ha primado en el contexto eclesial es la práctica instrumentalizada de la comunicación; algunas veces exagerando el impacto de nuestras iglesias en la sociedad y otras veces manipulando y controlando a nuestros feligreses. . .

Resulta de urgencia impostergable la construcción de nuevas fuentes de re-encantamiento para la concepción y aplicación de una pastoral de la comunicación: el asombro, que nos hace recordar que no podemos controlar todo; los sentimientos, que nos devuelven la conciencia de nuestra propia humanidad; el contar cuentos, por su búsqueda de la sencillez del relato, la moraleja directa y la dimensión lúdica de una buena narración; el encontrar nuevas formas para hacer oír las voces y ver los rostros de quienes sufran la injusticia, la impunidad y la corrupción; en suma, el tomar partido, como comunicadores y comunicadoras cristianos, a favor de la vida.

Hoy, en 2008, estos desafíos permanecen. De manera especial permanece el desafío de discernir cómo, y desde dónde, la persona y las comunidades latinoamericanas construyen su sentir religioso y consumen mensajes mediáticos.

América Latina es un espacio físico y metafísicamente impregnado, saturado, por el Espíritu. No se puede comprender el pasado, presente o futuro de la región sin contemplar los complejos y contradictorios impulsos

de la gente frente a la trascendencia, lo luminoso, y frente a la fragilidad de la vida humana.

En parte, culpo al fracaso del proyecto liberal. En el Siglo 19, los arquitectos del proyecto liberal nos prometieron que la modernidad nos traería todos los beneficios del raciocinio humano: la ciencia y la tecnología nos otorgarían el control sobre el medio ambiente y los gobiernos iluminados lograrían acabar con toda carencia. La profunda pasión latinoamericana cedería lugar al entendimiento; hasta nuestros demonios interiores quedarían apaciguados por las bondades del progreso.

Hasta la religión se convertiría en un vehículo para divulgar las bondades de la modernidad. En el siglo 19 los dictadores liberales desde México hasta Brasil encontraron en la empresa misionera protestante un aliado ideológico imprescindible en su lucha contra la institución más rica y más poderosa que existía en América Latina en aquel entonces: la Iglesia Católica Romana. Las escuelas y hospitales construidos por los Protestantes, junto con el espíritu práctico y empresarial de sus misioneros, motivaría a la cultura latinoamericana a acoplarse a las ideologías capitalistas emergentes de Europa y los Estados Unidos. Además, una liturgia basada en un discurso teológico lógico y razonado de los Protestantes, un discurso basado en el análisis cuidadoso de un texto y realizada en un ambiente relativamente estéril, desprovisto de imágenes, sabores y olores, desafiaría la hegemonía religiosa de la Iglesia Católica; una hegemonía, según los liberales y sus aliados Protestantes, construida sobre la magia obscurantista, manipuladora y medieval de los Católicos.

Pero algo nos pasó rumbo al imperio de la razón. En dos siglos de modernidad América Latina ha sufrido un sin fin de conflictos políticos y económicos, y hoy nos encontramos en la misma situación en la cual iniciamos esta aventura: como fuente de mano de obra barata y de recursos naturales para los países industrializados del Norte. Algunos latinoamericanos, sin duda, han cosechado los beneficios del progreso, pero hoy en América Latina la brecha entre ricos y pobres, mujeres y varones, indígenas, no-indígenas y afroamericanos, el área urbano y el área rural, los terratenientes y los sin tierra es entre las más profundas del planeta.

Tanto la espiritualidad como espacio de construcción de relaciones y significados a partir de los misterios límites de la vida humana —el nacimiento y la muerte, el dolor, la enfermedad y la sanación, la carencia y la plenitud, la pérdida y la ausencia, el odio y el amor, la esperanza, la ternura, la sabiduría, el sentirse conectada con ancestras y ancestros y con poderosas fuerzas más allá del raciocinio humano— como también las instituciones religiosas que pretenden mediatizar (y controlar) estos fenómenos, demuestran que aquí lo espiritual no ha sido del todo domesticado. Es, todavía, una fuerza elemental, cruda, a veces salvaje.

En 2006, una encuesta de personas mayores de 18 años realizada por el *Pew Global Forum* documentó que el 48 por ciento de las y los adultos guatemaltecos se identificaban como católicos, el 34 por ciento como protestantes y el 15 por ciento respondieron no pertenecer a ninguna iglesia.

La encuesta puso especial énfasis en la presencia de religión “llena del Espíritu” (la categoría utilizada en el estudio) en Guatemala: el 85 por ciento de las y los protestantes en esta muestra se identificaban como pentecostales o neopentecostales, mientras el 62 por ciento de las y los católicos se identificaban como carismáticos.

Dos cosas me llaman la atención de este estudio. Primero, tengo la intuición de que un porcentaje importante del 15 por ciento de la muestra que dicen no pertenecer a ninguna iglesia son ex católicos y ex evangélicos. Colegas en Brasil, Costa Rica y Perú han documentado como muchas personas responden a la anomia producida por la migración a centros urbanos, a la pérdida del poder cultural de las instituciones religiosas tradicionales, a la precariedad económica y política, y a la globalización de la economía y de la cultura, entre otros factores, emprendiendo un peregrinaje espiritual. Este peregrinaje suele arrancar desde una fe católica tradicional, pasa por el movimiento carismático, los lleva al neo pentecostalismo, y termina con un profundo desencanto con la religión organizada. Pero no por eso dejan de considerarse religiosos. No por eso dejan de consumir bienes simbólicos, ni de practicar una espiritualidad a la carta.

El segundo factor que me llama la atención es que una mayoría absoluta de la población guatemalteca dice que han tenido una experiencia per-

sonal con el Espíritu Santo. Si los porcentajes de la muestra reflejan de manera acertada a toda la población, podemos extrapolar que casi el 60 por ciento de las y los guatemaltecos se identifican personalmente con la religión “llena del Espíritu”. Sin embargo, la religión carismática tampoco ha logrado generar frutos de tolerancia, solidaridad y justicia en uno de los países más violentos de América.

Como comunicadoras y comunicadores, entrenadas muchas veces a hacer homenaje a la tecnología y proceder según las categorías del raciocinio humano, tenemos que aprender a prestar atención al soplo del Espíritu en nuestras comunidades. Descubriremos que hay personas en nuestro medio que son intermediarios con lo incognoscible; son custodios de espacios sagrados. A veces estos espacios se caracterizan por una celebración de sanidad, plenitud y esperanza, a veces como escenario de miedo, de manipulación, de venganza.

Aquí lo sagrado penetra en cada esfera de la vida humana.

Algunas anécdotas:

Doña Juana es guía espiritual maya del altiplano guatemalteco. Con ternura y dolor compartió conmigo como los tiempos de la violencia también conllevaban una guerra espiritual contra las fuerzas de la muerte. Con sus colegas, día y noche, vigilaban por la seguridad física y espiritual de su pueblo. En las oscuras horas antes del amanecer, se encontraban, a veces, con seres espirituales que anunciaban la llegada de fuerzas del mal que querían destruir a su pueblo. Les tocaba defender a sus vecinos con ayunos, plegarias, y sacrificios, según la sabiduría ancestral. Pero no andaban solas; sus ancestas y ancestros les acompañaban en los momentos más difíciles. No estoy hablando metafóricamente. En su semblanza se veía todavía, más que una década después, la sombra del terror y coraje con el cual libraban estas batallas. Sus vidas corrían peligro. Pero lograron defender a su pueblo. Allí nunca entraron los escuadrones de la muerte. Allí nunca lograron imponer las patrullas de autodefensa civil.

Otro caso:

Ella tenía quizá 17 ó 18 años. Su colonia en la ciudad capital la construyeron sobrevivientes del terremoto del 4 de febrero de 1976. Las y

los católicos, organizados en comunidades eclesiales de base, se reunían en casas particulares. Celebraban su fe y buscaban como atender a las muchas y urgentes necesidades de la comunidad. ¿Su sueño? Construir una iglesia como manifestación concreta de su esperanza por un futuro mejor, un edificio construido por todas y todos, para todas y todos, que proclamaba “Dios está aquí”. En dos oportunidades habían formado comités pro-construcción del templo. En dos oportunidades, los hombres que presidían estos comités habían robado los recursos. De allí, nombraron a esta patoja para organizar la construcción del templo. Ella dejó de ir a la escuela un año. La comunidad se organizó, repartieron tareas, consiguieron recursos, y construyeron la iglesia con sus propias manos. Allá está, hasta el día de hoy. Y a veces, durante la misa, los vecinos se acuerdan de lo que, un día, ellos mismos hicieron.

Otro caso:

El pastor pentecostal y su esposa se dieron cuenta que algo tenían que hacer por la niñez de su comunidad. Se trata de una comunidad acosada por las maras. El Espíritu de Dios había movido en sus corazones. Hablaron con la gente de su comunidad de fe. Vieron como las niñas y los niños se encontraban en un callejón sin salida, y como las maras les ofrecía identidad, autoestima, un propósito para su vida. Quizá, pensaron, podemos identificar a unos 50 niños y niñas que viven en las cuadras alrededor de la iglesia. Quizá podemos ofrecerles un espacio seguro donde puedan hacer sus tareas, buscar consejos y comer algo. ¡Cuál fue su sorpresa al descubrir casi 90 niñas y niños en situación de riesgo en su propia cuadra! En una sola casa encontraron a 14 menores de edad bajo la tutela de una abuelita. El programa tiene ahora 3 años de funcionamiento. No se trata de un programa de proselitismo, sino de presencia y acompañamiento, y Dios ha manifestado su poder.

Pero los custodios del espacio sagrado también pueden convertirse en monstruos.

He visitado a muchas comunidades maya. A veces, después de construir cierta confianza, he preguntado a la gente por qué se convirtieron a la fe evangélica. Porque vivimos con miedo, me han respondido. Miedo de seres espirituales que buscaban hacerles mal. Miedo del chamán que re-

cibía dinero de sus vecinos para obrar venganza contra sus enemigos. Y en Jesús, me han dicho, encontraron un chamán más fuerte. Jesús les concedía una fuerza capaz de vencer su miedo, sanar sus dolencias, ayudarles a dejar el trago.

Hablando de monstruos, en Guatemala es elocuente la historia de la relación entre las iglesias cristianas, el poder económico y el poder político. La iglesia católica se hizo cómplice de los horrores de la conquista, y también de los horrores de 1954. La iglesia evangélica se hizo cómplice de los horrores de las dictaduras liberales y de la lucha contra insurgente. La iglesia evangélica debe asumir una especial responsabilidad por haber participado en la satanización de las tradiciones espirituales de los pueblos maya.

Ambas tradiciones, tanto católica como evangélica, son intrusas, foráneas, y se han prestado para los designios nefastos de imperios extranjeros.

A la vez, ambas tradiciones —y especialmente la iglesia Pentecostal como precursor de una iglesia de los pobres— han echado raíces aquí. Por eso debemos celebrar, el testimonio vivo de pastoras y pastores, catequistas, religiosas, sacerdotes, y obispos que han sido, que siguen siendo, portadores fieles de las buenas nuevas de Jesús.

Pero nuestro pasado todavía se hace presente, y nos pesa.

Todo eso es, a penas, una parte de universo espiritual que nos rodea. Aparte están los Espiritistas, aparte los Mormones, aparte los Testigos de Jehová. Aparte están las comunidades judías y musulmanas. Aparte, las personas de las grandes ciudades que practican una espiritualidad neo-gnóstica, buscando construir sentido para sus vidas en medio de la ambigüedad del mundo posmoderno.

En este ambiente, vuelvo a preguntar: ¿Cómo acceder al imaginario religioso de la gente? ¿Cómo fecundar las semillas evangélicas de justicia, de solidaridad, de ternura —semillas que ella misma, Espíritu de Dios, ha sembrado en cada cultura humana? ¿Cómo cultivar un imaginario que celebra la vida humana y de toda la creación, que acompaña a excluidas y excluidos, que abraza la terrible belleza del misterio, de lo incognoscible? ¿Cómo cultivar un imaginario que enaltece la honradez y la transpa-

rencia, oponiéndose a la violencia, la mentira, la corrupción, y el abuso?
¿Cómo cultivar un imaginario que cuestiona el imperio de la muerte?

Me atrevo a sugerir que no podemos responder a estas preguntas sin emprender una conversación profunda, humilde y respetuosa con colegas pentecostales y carismáticos, y con personas sabias que representan a las espiritualidades autóctonas y afroamericanas.